

Elección Presidencial en Chile 2013: crónica de una victoria anunciada

Marisa Revilla Blanco (UCM)

Wences, I.; Conde, R. (eds.) (2015): *Cambio político, desafección y elecciones en América Latina*. Madrid: CEPC

El 15 de diciembre de 2013 se confirmaba que Michelle Bachelet retornaba a la Presidencia de la República de Chile durante el periodo 2014-2018 y se cerraba el primer período de alternancia en el ejecutivo chileno desde la vuelta a la democracia, poniendo fin al primer gobierno de la derecha chilena del periodo. La presidencia de la República y la mayoría parlamentaria retornaban a una "Concertación ampliada": la Nueva Mayoría (y lo hacían con la mayor diferencia desde el retorno de la democracia¹).

La victoria se daba por segura desde antes del inicio de la campaña. La duda que acompañó las elecciones estribó en dos cuestiones: si se necesitaría una segunda vuelta y, dado que también se celebraban parlamentarias, si alcanzaría una mayoría parlamentaria suficiente para llevar a cabo las reformas que constituyen el programa de gobierno de Bachelet. Efectivamente, el alto número de candidatos presidenciales en la primera vuelta (17 de noviembre de 2013) tuvo un efecto dispersor del voto que, unido a la baja participación electoral, llevó a la celebración de la segunda vuelta en la que la candidata de Nueva Mayoría se enfrentó a Evelyn Matthei, la candidata presidencial de la Alianza, la renovación de la Coalición por el Cambio (partidos de derecha) que bajo la Presidencia de Sebastián Piñera había protagonizado el periodo 2010-2014.

Desde mi punto de vista, esta elección tuvo dos características especiales. En primer lugar, era la primera elección presidencial y parlamentaria que se realizaba desde la reforma de Piñera que introdujo la inscripción automática en el censo y el voto voluntario². Y sus efectos en términos de participación no fueron los esperados, porque la participación disminuyó respecto a elecciones anteriores. En segundo lugar, tan solo cuatro años después de la primera alternancia, el gobierno retornaba a la coalición que había ganado sucesivas elecciones entre 1989 y 2006 y gobernado veinte años. ¿Qué

¹ Mardones y Toro, 2014:23.

² Realizada en 2011, se aplica por primera vez en las elecciones municipales de 2012.

puede explicar que la victoria de Michelle Bachelet estuviera anunciada? ¿Su reconocimiento personal? ¿El fracaso de Piñera?

Sobre esas características se articulará el análisis que realizaré a continuación, centrado en tres ejes: 1. la comprensión de los alcances de los bajos niveles de participación electoral en Chile (camuflados en la inscripción voluntaria y el voto obligatorio en el período anterior a la reforma), 2. el análisis de las expresiones de esa desafección ciudadana hacia la política, prestando atención a los grupos sociales más afectados por la baja participación (jóvenes y clase baja) y 3. la relación entre desafección y características de las instituciones chilenas y de su funcionamiento.

Algunos datos de estas elecciones nos aportan información sobre los elementos principales del análisis³:

- El porcentaje de participación en la primera vuelta fue de 49,1% (elecciones presidencial, parlamentaria y de consejeros regionales) y de 42% en la segunda (solo elección presidencial).
- Michelle Bachelet obtuvo 46,7% de los votos en la primera vuelta y 62,2% en la segunda vuelta. Evelyn Matthei, 25% de los votos en la primera vuelta y 37,8% en la segunda vuelta.
- Bachelet obtuvo un porcentaje de voto mayor en 2013 que en 2006, pero el número absoluto de votos fue menor: 3.470.055 votos, mientras que en la elección de 2005 había obtenido 3.723.019 votos. Este número total de votos es el menor obtenido por un presidente de la República desde las primeras elecciones en 1989 (véase Tabla 1).
- En la primera vuelta se contó un número récord de candidatos: nueve. Junto a las ya mencionadas Bachelet y Matthei, se presentaron (siguiendo la posición según número de votos –descendente) Marco Enríquez-Ominami (Partido Progresista – PRO), Franco Parisi (independiente), Marcel Claude (Partido Humanista –PH), Alfredo Sfeir (Partido Ecologista Verde), Roxana Miranda (Partido Igualdad), Ricardo Israel (Partido Regionalista de los Independientes –PRI) y Tomás Jocelyn-Holt (independiente).

³ Datos obtenidos del Servicio Electoral de Chile <http://www.servel.cl/>

- La Nueva Mayoría es una coalición que parte de los partidos de la Concertación de Partidos por la Democracia (Democracia Cristiana –DC-, Partido Socialista –PS, Partido por la Democracia –PPD, Partido Radical Socialdemócrata –PRSD) a los que se suman el Partido Comunista (PC), el Partido de Izquierda Ciudadana (IC) y el Movimiento Amplio Social (MAS) e independientes de centro izquierda.
- En las elecciones parlamentarias, la Nueva Mayoría obtuvo 67 representantes en el Congreso (de 120) y 21 en el Senado (de 38) y la Alianza, 49 Diputados y 16 Senadores.
- El porcentaje de representantes que vuelven a presentarse y salen elegidos es muy alto: “De 1990 en adelante, el promedio de renovación de la Cámara de Diputados ha sido cercano a 60%” (Mardones y Toro, 2014: 24).

1. El debate sobre voto voluntario vs. obligatorio en relación con la baja participación

La propuesta de inscripción automática en el censo electoral y de voto voluntario se aprobó por el Congreso Nacional el 9 de noviembre de 2011 y fue impulsada por la coalición de gobierno, presidido por Sebastián Piñera, aunque su aprobación se debió a un apoyo transversal entre los bloques y coaliciones representadas en la Cámara de Diputados. En el caso del voto voluntario, una serie de diputados DC junto a dos UDI y una del PRI, mantuvieron la necesidad de restablecer el voto obligatorio para limitar el “efecto segregador” del voto voluntario (Avendaño, 2013:180).

Desde 1990, el sistema que se venía aplicando era el de inscripción voluntaria en el censo electoral y voto obligatorio para quienes estuvieran inscritos. Su aplicación venía produciendo dos efectos; por un lado, la ausencia en el censo electoral de un grupo amplio y creciente de población; por otro lado, el voto obligatorio no obstaculizaba el aumento paulatino de la abstención. En la Tabla 1, se puede observar que, entre 1989 y 2009, el número de inscritos solo aumenta un poco más de setecientos mil, mientras que, en ese mismo periodo, la población en edad de votar aumenta más de tres millones seiscientos mil personas. El cálculo nos dice que, en 2010, “el 32% de los mayores de 18 años no estaba inscrito en los registros electorales” (Martner, 2014:28). También podemos observar en la misma tabla que, en 2009, la abstención había alcanzado el 13% en este tipo de elecciones.

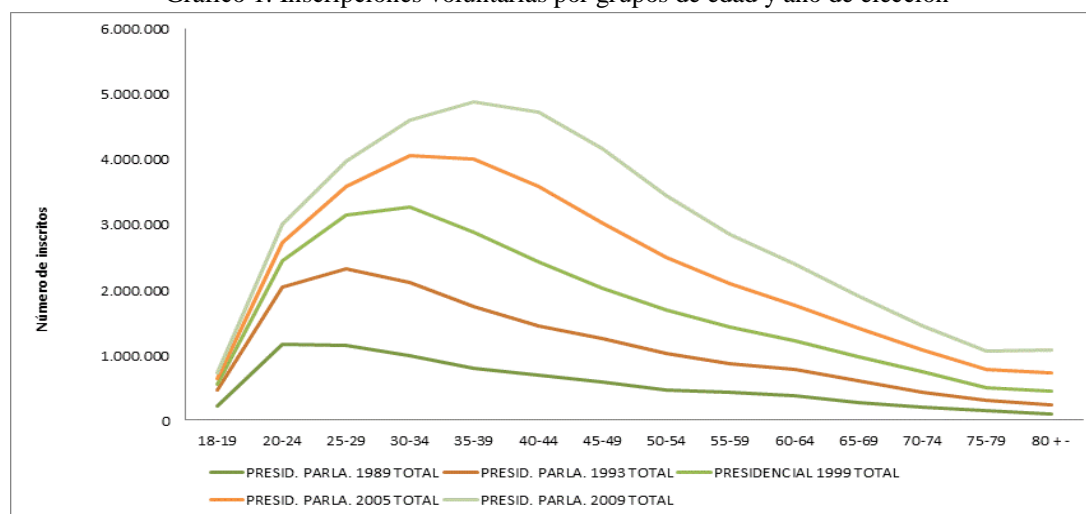
Tabla 1. Votación a Presidente/a, población en edad de votar e inscripción electoral

Presidente/a	Año	Inscripciones en censo	Población en edad de votar (PEV)	Votos	% votos PEV	Participación primera vuelta
Patricio Aylwin	1989	7.557.537*	8.499.792	3.850.571	45,3	94%
Eduardo Frei	1993	8.085.439*	9.052.632	4.040.497	44,6	91%
Ricardo Lagos	1999	8.084.476*	10.126.098	3.683.158	36,4	89%
Michelle Bachelet	2005	8.220.897*	11.322.769	3.723.019	32,9	87%
Sebastián Piñera	2009	8.285.186*	12.180.403	3.591.182	29,5	87%
Michelle Bachelet	2013	13.573.143	13.573.143	3.470.055	25,5	49%

Fuente: Elaboración propia con base en Contreras-Aguirre y Morales-Quiroga, 2014:602. Para datos de inscripciones en censo y participación en primera vuelta, Servicio Electoral de Chile: www.historico.servel.cl (resumen histórico). (*) Inscripción voluntaria.

La ausencia del censo electoral afectaba, fundamentalmente, a la población más joven, quienes renunciaban mayoritariamente a inscribirse según alcanzaban la edad para votar. El gráfico 1 nos permite contemplar la evolución de los inscritos en el censo en los años de elecciones presidenciales y observar las fluctuaciones en la inscripción según la edad, confirmándose la tendencia creciente en la ausencia de los más jóvenes.

Gráfico 1. Inscripciones voluntarias por grupos de edad y año de elección



Fuente: Elaboración propia con base en datos de “Inscripciones por grupos etarios y sexo 1988-2009” del Resumen histórico del Servicio electoral de Chile www.historico.servel.cl

Respecto del sexo, el padrón electoral de las municipales de 2012 (ya resultado de la inscripción automática) nos presenta una distribución de los 13.404.084 electores, entre el 51,4% de mujeres y el 48,6% de los hombres. Pues bien, la última elección presidencial celebrada con inscripción voluntaria (2009), distribuía el electorado entre el 52,6% de las mujeres y el 47,4% de los hombres, lo que reflejaba una ligerísima tendencia creciente desde 1989 a una mayor inscripción voluntaria de las mujeres (en

1989 la distribución de inscripciones voluntarias tendía a reflejar la distribución natural de la población: 51,5% de mujeres inscritas y 48,5% de hombres inscritos)⁴.

Las primeras elecciones que se celebraron con el sistema de inscripción automática y voto voluntario fueron las municipales de 2012 (alcaldes y concejales) y ya se confirmó la tendencia a la bajada de la participación. De hecho, solo participó el 43% de los 13.404.084 censados. El descenso respecto de la participación en las anteriores elecciones municipales es altísimo: 85,8% participaron en 2008. Sin embargo, si vemos los números absolutos, la diferencia, aun existiendo, se relativiza: votó un total de 5.771.372 en 2012 frente a 6.959.504 en 2008. Es decir, existía antes de la reforma una abstención encubierta en la no inscripción. Con la inscripción automática, la no inscripción se convierte en abstención, sumándolo a las tendencias abstencionistas crecientes que se venían observando incluso con el voto obligatorio (en las municipales de 2008 la abstención ya fue del 15%)⁵.

En la explicación de la abstención en Chile se contrastan principalmente dos variables, la edad y la condición socioeconómica, separadas y en combinación: “Para el caso chileno, varios autores han puesto a prueba la tesis de las generaciones políticas (Toro, 2008, Corvalán & Cox, 2013, Contreras-Aguirre & Navia, 2013). Todos ellos sugieren que existe un efecto generacional que incide en los niveles de participación electoral. Mientras las generaciones que votaron en el plebiscito de 1988 tienen mayor predisposición a votar y a identificarse políticamente, quienes no participaron del plebiscito muestran tasas de participación significativamente menores (Toro, 2008, Contreras-Aguirre & Navia, 2013), lo que además se ve acentuado en la gente joven de comunas con bajos ingresos (Corvalán & Cox, 2013).” (Contreras-Aguirre; Morales-Quiroga, 2014:601)⁶.

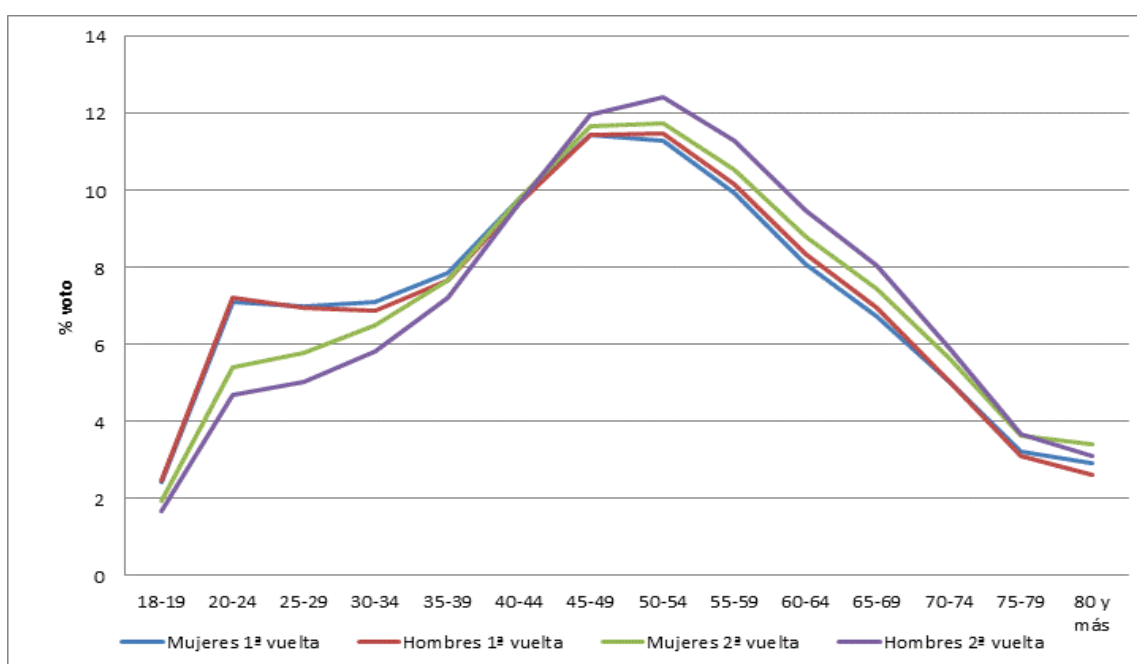
⁴ Fuente: Servicio Electoral de Chile “Inscripciones por grupos etarios y sexo 1988-2009”. Resumen histórico www.historico.servel.cl.

⁵ Todos los datos extraídos de la información sobre participación electoral del Servicio electoral de Chile http://www.servel.cl/ss/site/participacion_electoral.html

⁶ Los trabajos citados por estos autores son: Toro, S. (2008): “De lo épico a lo cotidiano: Jóvenes y generaciones políticas en Chile”. *Revista de ciencia política*, 28 (3), pp. 143-160; Corvalán, A. & Cox, P. (2013): “Class-biased electoral participation: The youth vote in Chile”. *Latin American Politics and Society*, 55 (3), pp. 47-68; Contreras-Aguirre, G. & Navia, P. (2013): “Diferencias generacionales en la participación electoral en Chile, 1988-2010”. *Revista de Ciencia Política*, 33 (2), pp. 419-441.

En el Gráfico 2 podemos ver una manifestación del efecto de la generación del plebiscito en la elección de 2013: así, quienes en 1988 tenían 18 años o más, habrán tenido 43 o más años en 2013. Efectivamente, en la franja entre 40 y 60 años encontramos la participación más alta de todo el electorado. Es interesante ver que, cuando añadimos la variable sexo, el efecto (tenue en la primera vuelta) es de una mayor participación de las mujeres entre 25 y 35 años sobre los hombres de esa edad y una ligera participación superior de los hombres entre 45 y 65 años. En la segunda vuelta, con algo más de un millón de personas que se abstienen (respecto de la primera vuelta), esos efectos se acentúan.

Gráfico 2. Votantes por sexo y grupo de edad en elección presidencial 2013 (primera y segunda vuelta)



Fuente: Elaboración propia con base en datos de participación electoral del Servicio electoral de Chile http://www.servel.cl/ss/site/participacion_electoral.html

Si observamos tan solo la variable sexo en las elecciones de 2013, entre los votantes hay una mayor participación de mujeres (54,6% en la primera vuelta y 55,1% en la segunda vuelta) o una mayor abstención de los hombres (vota 45,4 % en primera vuelta y 44,9% en segunda vuelta).

Cuando consideramos la variable socioeconómica, cuestión central en el debate en Chile para quienes plantean la necesidad de restablecer el voto obligatorio, es preciso matizar el planteamiento de la mayor abstención de las clases bajas o la infrarrepresentación de la pobreza. El sesgo de clase es fundamentalmente un hecho urbano: en 2013, “mientras

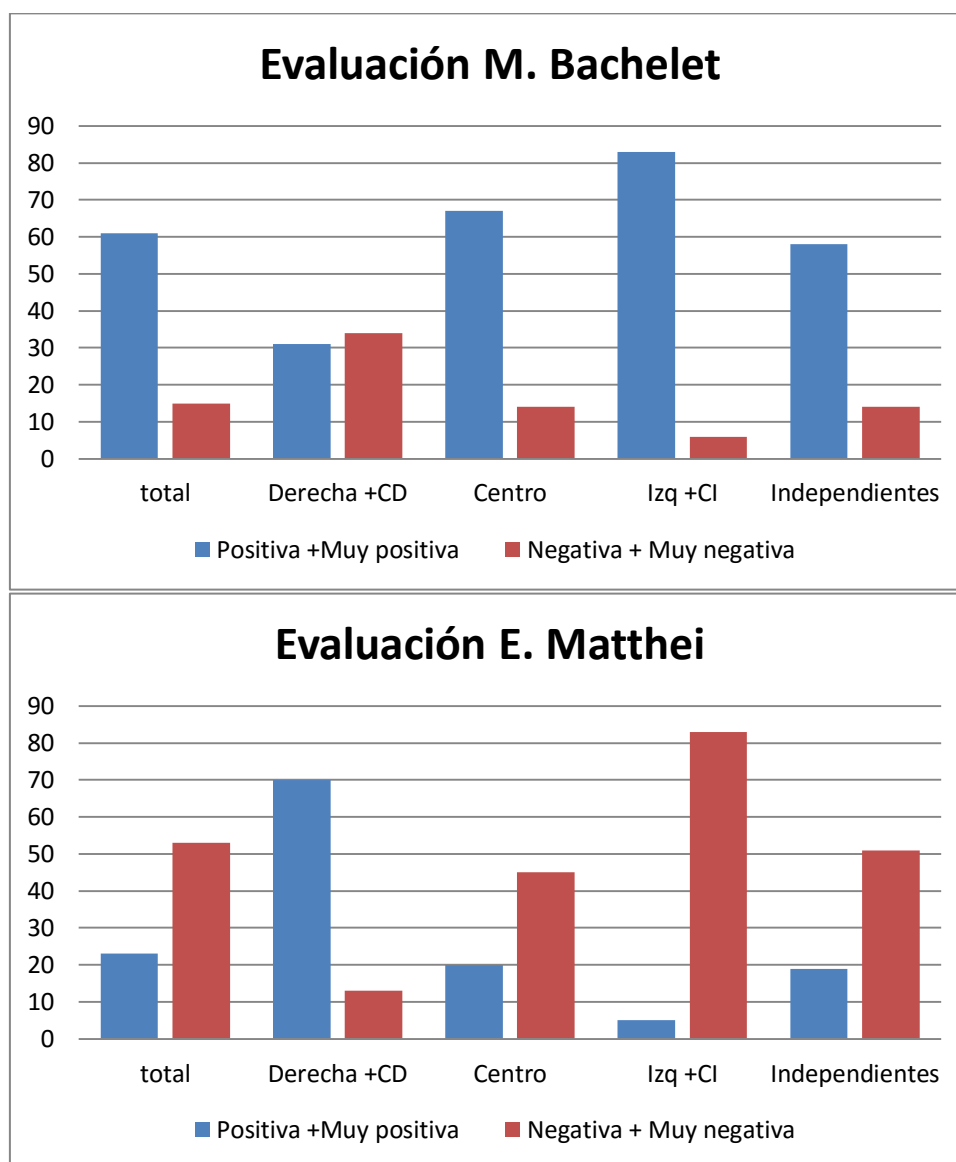
en Vitacura [comuna de la Región Metropolitana de estrato alto] votó más del 50%, en San Bernardo [comuna de la Región Metropolitana de estrato más bajo] no alcanzó el 19%” (Contreras y Morales, 2013).

Un tema interesante es cómo se combinan estos factores, participación y clase social, con tendencias ideológicas. De hecho, se puede pensar que el propio hecho de que el resultado favorable a Bachelet fuera una “victoria anunciada”, produjo un cierto efecto desmovilizador de su electorado (competencia disminuida). “Al correlacionar el porcentaje de pobres por comuna y lo que obtuvo Bachelet en primera vuelta, los pobres la prefirieron ampliamente. Tal como se señalaba en las encuestas, Bachelet arrasó en las zonas rurales y en las zonas urbanas más pobres. ¿Cuál fue el problema entonces? El problema fue que los pobres salieron a votar en menor medida que los ricos. Tal como señalamos más arriba, la participación fue sustancialmente menor en las comunas con mayor concentración de pobreza. Esto es aún más visible en la Región Metropolitana, donde Bachelet obtuvo uno de sus peores resultados” (Contreras y Morales, 2013). Sin embargo, no fue Michelle Bachelet la que más votos perdió: Evelyn Matthei en la segunda vuelta obtuvo 2.111.891 votos, lejos de los que obtuvo Sebastián Piñera, también contra Bachelet en 2005 (3.236.394 votos), hasta 2013 el peor resultado en votos obtenido por un perdedor del balotaje. Por lo tanto, hubo abstención (y alta) también del electorado de derechas.

Si miramos el gráfico 3, según la evaluación que se hacía en septiembre-octubre de 2013, es difícil pensar en una candidatura que pueda tener opciones de ganar cuando solo cuenta con la evaluación positiva de su propio grupo ideológico y es rechazada por el resto del electorado. Probablemente, jugaran en contra de Evelyn Matthei su propio desempeño como Ministra de Trabajo del Gobierno Piñera y, especialmente, la forma azarosa en la que llegó a ser candidata de la Alianza⁷. En segundo lugar, no es descartable que también jugaran en su contra la valoración del desempeño de la Presidencia de Piñera y de la labor desarrollada por la Alianza como mayoría parlamentaria. Estos aspectos los revisaremos en los epígrafes tres y cuatro.

⁷ Laurence Golborne se apartó antes de la celebración de primarias al interior de la Alianza porque la UDI le retiró su apoyo porque se descubrió su participación en sociedades de inversión en paraísos fiscales. Su puesto lo ocupó Pablo Longueira (UDI) que se enfrentó en primarias a Andrés Allamand (RN). Las primarias las ganó Longueira, pero posteriormente se retiró por razones de salud, lo que llevó al nombramiento de Matthei (Mardones, Toro, 2014: 20).

Gráfico 3. Evaluación de personajes políticos entre quienes conocen a la persona



Fuente: elaboración propia de datos del Estudio de Opinión Pública n° 70, sept-oct 2013. Centro de Estudios Públicos (CEP), Chile. Documento en línea: http://www.cepchile.cl/bannerscep/bdatos_encuestas_cep/base_datos.php

2. Los factores institucionales de la baja participación

El panorama descrito de baja participación se puede comprender como un escenario de desafección electoral, que derivaría no solo del aumento de la abstención, sino también del cuestionamiento hacia los partidos políticos y la falta de identificación con las dos coaliciones principales de partido que han podido constituir gobierno y mayorías parlamentarias desde 1989 hasta ahora. El distanciamiento entre ciudadanía y política señala la existencia de grupos sociales que no encuentran en la política una vía para resolver sus intereses, conflictos o defender sus derechos. La cuestión central estriba en

si ese distanciamiento se resuelve obligando la participación (por el bien de quien no está participando) o, por el contrario, se atiende a las cuestiones que pueden estar contribuyendo a alimentar el distanciamiento. En este apartado nos vamos a concentrar en algunos factores institucionales que limitan la competencia política y electoral y pueden convertirse en desincentivos para la participación ciudadana. En el siguiente apartado, atenderemos a las expresiones de la desafección.

En el escenario electoral de 2013 no solo fue clave el bajo nivel de participación o la previsible victoria de Michelle Bachelet. Desde mi punto de vista, hubo otras claves como el número tan elevado de candidaturas presidenciales o la alta tasa de “repostulación” de representantes a ambas Cámaras (véase Tabla 2). Las dos últimas cuestiones nos remiten a las dificultades del sistema representativo chileno para incorporar nuevas opciones políticas.

Tabla 2. Candidatos, balotaje y resultados finales

Año Elección	Número	Candidatos presidenciales	Balotaje	% voto mayoría
1989	3	Aylwin, Büchi, Errázuriz	no	55,17
1993	6	Frei , Alessandri, José Piñera, Max Neef, Pizarro, Reitze	no	57,98
1999	5	Lagos , Lavín, Marín, Larraín, Hirsch	sí	51,3 vs. 48,7
2005	4	Bachelet , Sebastián Piñera, Lavín, Hirsch	sí	53,5 vs. 46,5
2009	4	Piñera , Frei, Enríquez-Ominami, Arrate	sí	51,6 vs. 48,4
2013	9	Bachelet , Matthei, Enríquez-Ominami, Parisi, Claude, Miranda, Jocelyn-Holt, Sfeir, Israel	sí	62,2 vs. 37,8

Fuente: Elaboración propia. Datos del Servicio Electoral de Chile: <http://www.servel.cl/ss/site/infografiapresidentes-resultadosglobales.html?id=1392338409308> (en negrita, el ganador; en cursiva, el segundo candidato en el balotaje).

De las nueve candidaturas presidenciales, con la excepción de las candidatas de la Nueva Mayoría y la Alianza que correspondían a coaliciones de partido, el resto correspondía a partidos que se han presentado en anteriores elecciones presidenciales, como el PH o los Ecologistas, a candidaturas independientes (como Parisi y Jocelyn-Holt) o a “candidaturas anti-política y anti-políticos” que desarrollaron campañas muy personalistas dirigidas a los “desencantados” (Mardones, Toro, 2014:21). Desde mi punto de vista, su propia existencia, a pesar de los altos costes de las campañas electorales, debería ser considerada síntoma de una sociedad que está cambiando sus preferencias políticas.

Entre los factores institucionales que debemos tener en cuenta, presentaré, como núcleo argumental, la combinación de sistema binominal y voto único y los efectos que genera: la formación de coaliciones de partidos que mantienen su identidad de partido en el escaño (en el Congreso y en el Senado) y las dinámicas legislativas derivadas de esas identidades que generan alianzas de partidos extra-coaliciones.

Explicaremos primero cómo funciona el sistema binominal en Chile: en cada circunscripción se eligen dos parlamentarios repartidos entre las listas más votadas: a la lista más votada se le asignan los dos escaños solo si obtiene un mínimo del 66% de los votos de la circunscripción, o dicho de otro modo, con un tercio más uno de los votos, se asegura un escaño. “Se trata de un sistema que tiende al statu quo, dado que si el primer candidato no logra duplicar los votos del segundo, ambas listas –mayoría y minoría– colocan un parlamentario cada una” (Mardones, Toro, 2014:18). Comúnmente se ha interpretado que el régimen militar, introductor de esta característica del sistema electoral chileno, buscaba asegurar la representación de las fuerzas de derecha forzando la emergencia de una competencia bipolar que hiciera muy difícil la reproducción del pluralismo polarizado del anterior sistema chileno (Revilla, 1999:178).

La combinación del sistema binominal con el voto único por parte de los electores se constituye como incentivo absoluto para la concurrencia en una coalición de partidos, puesto que lo que asegura el escaño es el voto a una lista concreta entre un máximo de posibilidades de dos y, además, “el voto único permite el mantenimiento de la identidad partidista en la política de coaliciones; o lo que es lo mismo, se establece a través del voto, el peso relativo de cada formación política al interior de la coalición” (Revilla, 1999:179).

Las instituciones dan forma a la política⁸ y, así, el sistema binominal ha favorecido la concentración de la representación en dos grandes coaliciones, por la dinámica que imprime a la limitación de la competencia electoral: el binominal otorga cohesión y fortaleza a las coaliciones porque hace prácticamente “inviabiles” las opciones que surgen al margen de ellas⁹ (Avendaño, 2013:172). Todo ello se traduce además en unas

⁸ Para un debate teórico del neoinstitucionalismo, véase March y Olsen, 2005.

⁹ De hecho, las elecciones de 2013, como hemos visto anteriormente, aumentaron la concentración de partidos en torno a dos grandes polos, la Nueva Mayoría y la Alianza.

prácticas políticas que tienen consecuencias en una mayor limitación de la competencia electoral, aquí trabajaré sobre dos:

- i. La permanencia en la representación de una amplia mayoría de parlamentarios y el éxito de las candidaturas de nueva entrada dependiendo de su apoyo por una coalición¹⁰. Respecto del primer punto, como veíamos al inicio, desde 1990 el promedio de renovación de representantes en la Cámara de Diputados ha sido del 60%. En las elecciones de 2013, “se repostularon al cargo cerca de 77% de los parlamentarios y lograron la reelección en una tasa cercana a 84% de los que volvieron a postular o un 64% del total de los diputados en ejercicio. Estas cifras no son propias de esta elección; es más, representan una constante en todos los periodos desde la recuperación democrática” (Mardones y Toro, 2014: 24). En el segundo, la estrategia (exitosa¹¹) de la Nueva Mayoría puede servirnos de ejemplo: “El apoyo a los líderes del movimiento estudiantil de 2011 tuvo efectos importantes en aquellos distritos abiertos en la competencia. Así, las candidatas del PC Camila Vallejo y Karol Cariola fueron elegidas gracias al apoyo que les brindó el pacto; en el caso del independiente Giorgio Jackson, su candidatura fue apoyada indirectamente por la coalición, al omitirse de competir en el distrito” (ibídem). El efecto resultante combina una capacidad muy limitada para incorporar nuevos liderazgos sociales y políticos a la representación con la permanencia, casi fijación, de determinados representantes exitosos en la circunscripción que les elige. Todo ello tiene efectos a su vez en términos de personalismo de la política.

Un ejemplo muy importante de cómo se dificulta la incorporación de nuevos liderazgos y nuevas representantes es el difícil y lento proceso de incorporación de las mujeres a la representación parlamentaria. Chile, un país que tiene por segunda vez en su historia una mujer al frente de la Jefatura del Estado y del Gobierno, sin embargo, solo tiene 16% de mujeres Diputadas (elecciones parlamentarias de 2013). Y en 1995, tenía un 7%. En el mismo periodo, la media

¹⁰ En la composición del parlamento resultante de las elecciones de 2013 tan solo se cuentan 3 diputados independientes (entre 120) y un senador (entre 38) (Servicio Electoral de Chile).

¹¹ “El pacto que apoyaba a Bachelet consiguió doblar en 10 distritos, en seis de ellos destrinando a quien iba a la reelección por la derecha (cinco de UDI y uno de RN), tres en competencia abierta sin candidatos de la derecha que se repostularan y uno en contra de un parlamentario independiente que buscaba la reelección” (Mardones y Toro, 2014:24)

de mujeres parlamentarias en América Latina ha pasado del 9% en 1995 al 25% en 2014¹².

- ii. Como la representación parlamentaria mantiene las señas de identidad del partido, las coaliciones de partido que sirven para la obtención de los escaños no siempre conforman los consensos políticos en el legislativo, sino que frecuentemente se han alcanzado acuerdos entre partidos oficialistas y de la oposición, acuerdos extra-coaliciones, podríamos llamarlos. En términos negativos, estos acuerdos han supuesto en algunas ocasiones el ejercicio de veto por parte de representantes de la propia coalición mayoritaria frente a las propuestas legislativas de su propia coalición, pero siguiendo los planteamientos de su partido. En términos positivos, como plantea Avendaño ha generado un cierto “pragmatismo” que ha imprimido un ritmo gradual a las reformas y que han permitido resolver coyunturas específicas con la aprobación de reformas importantes a partir de esos apoyos cruzados¹³. Sin embargo, el efecto más pernicioso está en que esas prácticas políticas también están permitiendo “postergar cualquier intento de modificación del sistema binominal” (Avendaño, 2013:171).

De este modo, la dinámica política resultante y establecida por las coaliciones de partido hace que sea difícil generar consensos en torno a la necesidad de la reforma o unas ideas que gozaran de cierta homogeneidad sobre el nuevo sistema de participación y representación que pudiera instaurarse. Porque en torno a estas dos cuestiones se establecen los dos déficits mayores del sistema político chileno: participación electoral y competencia entre coaliciones de partidos.

El efecto perverso del sistema es que los electores y las electoras tienen muy difícil la expresión de sus preferencias ideológicas, lo que puede desincentivar la participación. Efectivamente, en el ánimo de los legisladores del régimen militar no se contemplaba la participación ciudadana como objetivo y el sistema binominal permanece aún hoy como uno de los enclaves autoritarios del sistema político chileno. Las reformas constitucionales de 2005 abolieron algunos de ellos (como los senadores designados),

¹² Chile no tiene ningún tipo de cuota legislativa que favorezca la incorporación de las mujeres a la representación parlamentaria.

¹³ La propia reforma de la inscripción automática y el voto voluntario es un ejemplo de apoyo transversal entre los bloques y las coaliciones que permitió su aprobación.

pero permanecen otros que, como el sistema binominal, “alteran la representación, limitan toda posibilidad de aumentar la participación y ampliar los ámbitos de deliberación democrática” (Avendaño, 2013:170). La reforma del sistema binominal ha sido un tema presente entre algunos representantes de la Concertación desde el primer gobierno democrático, pero no apareció en las propuestas electorales hasta las elecciones de 2009, con la incorporación del tema a los programas de Eduardo Frei y de Marco Enríquez-Ominami (Avendaño, 2013:169).

Los efectos de estos factores institucionales en la dinámica política chilena, junto con otras características como la concentración de la propiedad de los medios de comunicación¹⁴, generan un alejamiento entre ciudadanía y política en Chile que alimenta el fenómeno de la desafección.

3. Ciudadanía y desafección en Chile

Cuando hablamos de desafección política tendemos a asumir como causa que son los ciudadanos y ciudadanas quienes pierden interés, confianza en la política y, por eso, surge la desafección que se manifiesta de diversas formas, aunque la más evidente es la falta de participación electoral. En algunas ocasiones, la explicación clásica de Hirschman de los ciclos que alternan fases de dedicación al interés privado con fases de acción pública¹⁵ funciona adecuadamente para la comprensión de estos fenómenos. Sin embargo, en otros casos, es difícil no atribuir la desafección ciudadana a un alejamiento de los políticos y de la política de los intereses de la ciudadanía o a la ausencia de canales flexibles, adecuados y suficientes de interlocución y de incorporación de las transformaciones sociales a la política. Trataremos de contrastar esta tesis de la falta de adaptación de la política chilena a una sociedad compleja (plenamente transformada desde el plebiscito de 1988) abordando los aspectos específicos de la manifestación de esa desafección y contrastando las principales preocupaciones y valores de esa sociedad.

¹⁴ “...a partir de la medición del primer operador dentro del sector infocomunicacional en Chile, los niveles de concentración establecidos en el área de los medios de comunicación social se encuentran entre el 25 y 45 por ciento. Asimismo, si observamos los niveles de participación de los cuatro primeros operadores en el mercado infocomunicacional en Chile, nos damos cuenta de que la estimación estadística a partir de los niveles de facturación y cuota de mercado fluctúa entre el 70 y 90 por ciento en el caso de la prensa escrita y la televisión” (Mayorga, Del Valle, Nitrihual, 2010:137).

¹⁵ Hirschman, A. O. (1989): *Interés privado y acción pública*. México D.F.: F.C.E.

Los indicadores que, habitualmente, se utilizan para la observación de la desafección política se concentran en distintos niveles: el primero observa la relación con el sistema político; el segundo contrasta niveles de aprobación y/o confianza de diversas instituciones políticas; por último, el tercero revisa la valoración del sistema gobierno/oposición (este punto lo revisaremos en el siguiente epígrafe en el que abordaremos el análisis de la conflictividad en el periodo de Piñera). En el caso de Chile, por las propias características de su sistema político, incluiremos la revisión de los grados de identificación/apoyo a las coaliciones políticas.

3.1. Consideraciones acerca de la democracia

En 2013 podemos observar en Chile un nivel de “apoyo a la democracia”¹⁶ del 63%, cifra que es superior al promedio de apoyo a la democracia a nivel subregional (60% para Sudamérica y México; para Centroamérica, el promedio es inferior, 49%). La evolución para el periodo 1995-2013 es también positiva porque se constata un aumento desde el 52% de 1995. El “apoyo al autoritarismo” disminuye en el mismo periodo del 18% de 1995 al 10% de 2013. Estos datos sitúan a Chile entre los países en los que la opinión pública resulta favorable a la democracia como sistema político.

Sin embargo, el dato que resulta distinto respecto de la evolución de los otros países y de los promedios de su área es el de la “indiferencia”: en 2013 el 21% de los encuestados en Chile se manifiesta indiferente. El promedio en Chile para el periodo 1995-2013 es de 26%. Para Sudamérica y México, la media en 2013 es 18% y para Centroamérica, es 24%; es decir, Chile, tiene peores promedios para la indiferencia que los países de Centroamérica que suelen ser los que tienen peores promedios de apoyo a la democracia (49% en 2013), o dicho de otro modo, con los datos del Latinobarómetro, Chile en 2013 y en su evolución, destaca en indiferencia hacia la democracia. Respecto del indicador “satisfacción con la democracia” en Chile, 38% de los encuestados se muestran muy satisfechos y bastante satisfechos, cifra ligeramente por debajo de la media de América Latina (39%; entre el 18% de Honduras y el 82% de Uruguay).

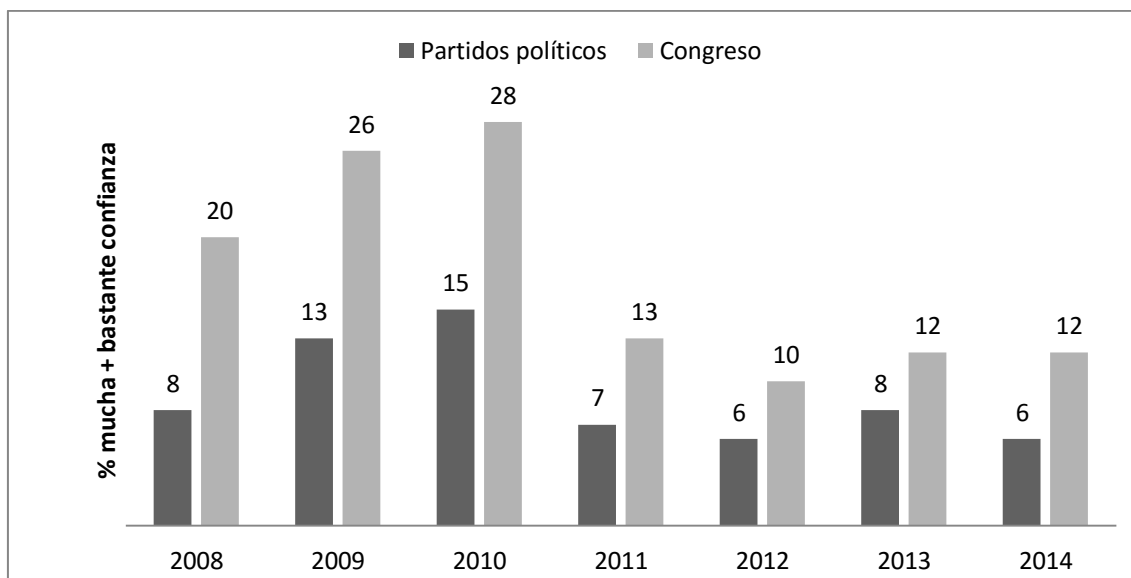
¹⁶ La pregunta es: “¿Con cuál de las siguientes afirmaciones está Ud. más de acuerdo?”. Las respuestas posibles son: 1. “La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno” (apoyo a la democracia); 2. “En algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático” (apoyo al autoritarismo). 3. “A la gente como uno, nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático” (indiferencia). En este apartado, salvo que se indique lo contrario, todos los datos provienen del *Informe Latinobarómetro 2013*. Documento en línea: <http://www.latinobarometro.org/documentos/LATBD_INFORME_LB_2013.pdf>

3.2. Confianza en las instituciones políticas

Los datos del Latinobarómetro (2011)¹⁷ sitúan a Chile entre los países que gozan de bajos niveles de confianza en las instituciones políticas. Dentro de este dato, es especialmente baja la confianza en los partidos políticos (17% contestan que tienen mucha o algo de confianza; la media para América Latina es 23%, entre 14% de Guatemala y 43% de Uruguay). La confianza en el Congreso muestra mejores resultados (27%), aunque sigue por debajo de la media para América Latina (33%, entre 19% de Guatemala y 55% de Uruguay). El mejor resultado en confianza lo muestra el Estado: 36% (en América Latina, 39%, de nuevo entre 21% de Guatemala y 63% de Uruguay). El promedio de confianza en el legislativo y en los partidos políticos aumenta en América Latina en el periodo 2000-2010 (17-37% en el primero caso; 11-24% en el segundo).

Si nos centramos exclusivamente en las encuestas chilenas (Gráfico 4), los partidos políticos obtienen los niveles de confianza más bajos de todo un amplio listado de instituciones y el congreso tampoco goza de una alta consideración.

Gráfico 4. Evolución de la confianza en instituciones políticas



Fuente: Elaboración propia sobre encuestas Centro de Estudios Públicos (CEP). *Estudio Nacional de Opinión Pública* números 61, 65, 69, 70 y 72.

¹⁷ Citados en PNUD, 2014: 48-49.

Me parece interesante señalar dos cuestiones: la inflexión descendente de los niveles de confianza en ambas instituciones durante los años 2011 y 2012 (que se refleja en todas las instituciones valoradas) y, en segundo lugar, que durante este periodo Carabineros y Fuerzas Armadas se muestran como las instituciones que gozan de mayor nivel de confianza entre los entrevistados (con porcentajes superiores al 50%).

Respecto de la aprobación de la labor de la Cámara de Diputados y del Senado, entre abril de 2010 y noviembre de 2013 se produce una escalada de la desaprobación de ambas cámaras que se mueve entre el 37% y el 72 % de desaprobación en ese periodo para la Cámara (la aprobación entre el 43% y el 16%) y entre el 33% y el 68% para el Senado (entre el 44% y el 20% de aprobación) (ADIMARK, diciembre 2013)¹⁸.

3.3. Identificación/apoyo a las coaliciones políticas

El último registro disponible que valore la identificación de los entrevistados con los pactos políticos existentes en Chile es de diciembre de 2009 y muestra la misma distancia mostrada con los partidos políticos (ADIMARK, diciembre 2009): 44% plantea que no se identifica con ninguno de esos pactos, 22% que se identifica con la Concertación y 19%, con la Alianza. Entre los jóvenes, en noviembre de 2013 (el mismo mes de la primera vuelta de las elecciones), 55% se sentían “sin identificación con un sector político determinado” (Encuesta UDP-Feedback).

Los niveles de aprobación/desaprobación (ADIMARK, noviembre 2013) mostrados para las dos Cámaras que componen el poder legislativo en Chile son similares a los que muestran las valoraciones que se realizan sobre la labor de las dos coaliciones principales: la Alianza y la Concertación. Así, la Concertación (en la oposición en el periodo 2009-2013) mantiene una mayoritaria desaprobación entre abril de 2010 y noviembre de 2013 y registra una tendencia creciente entre el 51% del primer momento y el 64% del último (la aprobación se registra entre el 34% y el 21% en el mismo

¹⁸ En el último informe publicado, ya en el periodo de gobierno de Bachelet, la desaprobación de la Cámara ha pasado del 48% en marzo de 2014 al 71% en diciembre del mismo año. En el caso del Senado, la desaprobación ha pasado del 46% al 68% en los mismos meses (ADIMARK, diciembre 2014). Para este periodo, en el informe de esta encuesta se apunta lo siguiente: “En diciembre, continuando una tendencia persistente, las coaliciones políticas y el Congreso alcanzaron su más bajo nivel de aprobación y el punto más alto de desaprobación en lo que va del gobierno. Sin duda, da la impresión que la polémica sobre financiamiento irregular de campañas está afectando negativamente la evaluación de todas las instituciones políticas”.

periodo). Por su parte, la Alianza (coalición a la que pertenece el Presidente Piñera) parte en abril de 2010 con una aprobación de su labor del 53%, alcanza su punto más bajo en agosto de 2011 (22%) y termina el periodo con un 26%. La desaprobación se mueve entre el 32% del primer momento y el 57% del último registro de ese periodo, con la inflexión de desaprobación más alta en agosto de 2011 (66%).

Dos cuestiones destacan de estos datos: en primer lugar, planteo una hipótesis (no contratada en este trabajo) de identificación en la opinión pública entre las Cámaras que componen el legislativo y la labor desarrollada por las coaliciones que ocupan escaños en ellas, de tal modo que se produce una homogeneización de las valoraciones lo que implica que varían conjuntamente la valoración de las Cámaras y la valoración de las coaliciones. En segundo lugar, los momentos valle de la aprobación en ambos casos, para el periodo 2009-2013 remiten a los momentos de aparición y desarrollo del movimiento estudiantil; por eso, el siguiente epígrafe lo dedico al análisis de la conflictividad en el periodo y a la comprensión de sus efectos en términos de participación.

4. Conflictos, gestión de los conflictos y participación

Gonzalo Martner introduce una cuestión muy importante en el análisis: “Se puede conjeturar que la sociedad chilena no es hoy conservadora ni comparte los valores de la derecha, y eso es lo que determinó la derrota, más que la gestión de Piñera en el gobierno. Este logró un crecimiento promedio de 5% del PIB, creó 800.000 empleos, realizó algunas reformas sociales como la ampliación del subsidio posnatal y la disminución del pago de cotizaciones de salud para los jubilados de menos ingresos, mientras endureció las condiciones carcelarias de los militares de más alta jerarquía condenados por violaciones a los derechos humanos. Pero la derecha, en medio de agrias disputas internas, perdió a más de un tercio de sus votantes”. (Martner, 2014:30).

Desde mi punto de vista, detrás de la derrota de Piñera en 2013 están, entre otras razones, los cambios en la sociedad chilena, pero también, de modo sustantivo, la gestión llevada a cabo por Piñera al frente del gobierno. De hecho, si vemos la

evolución de la aprobación de los gobiernos desde Aylwin hasta Piñera¹⁹, este último destaca porque la desaprobación supera a la aprobación durante 2011, 2012 y 2013. Es decir, solo el primer año del periodo gozó su gobierno de mayor aprobación. Esto no había ocurrido en ninguno de los otros gobiernos: Aylwin y Lagos gozaron de aprobación mayoritaria a lo largo de sus mandatos; Frei presentó diversos periodos con dientes de sierra cruzados entre la aprobación y la desaprobación, culminando su periodo con una desaprobación mayoritaria y, por último, Bachelet alcanzó las cotas más altas de aprobación de todos los gobiernos al final de su mandato y atravesó entre junio 2007 y junio 2008 un bache de desaprobación. En este último caso, en el inicio de su mandato en 2006 la movilización de los estudiantes de secundaria chilenos (“la revolución de los pingüinos” entre abril-junio y septiembre-octubre de este año) bajó las cifras de aprobación, pero se mantuvo por encima de la desaprobación. El bache de desaprobación entre junio de 2007 y junio de 2008 se concentró en Santiago y se explicaba más por hechos específicos como la polémica gestión del Transantiago y la percepción de inseguridad ciudadana y delincuencia²⁰.

La valoración de la conducción del gobierno realizada por Sebastián Piñera tiene dos puntos de inflexión: la aprobación más alta, en octubre de 2010 en torno al rescate de los 33 mineros y, el momento valle de aprobación (con una desaprobación entre 60 y 70%) desde mayo de 2011 hasta julio 2012 que refleja el ciclo principal de movilizaciones del movimiento estudiantil. En ese periodo, el gobierno chileno contó con tres ministros de educación sucesivos: el del inicio del conflicto (Joaquín Lavín), el del desarrollo, que renunció después de cinco meses (Felipe Bulnes) y el último (destituido por el Senado por “omisión de deberes constitucionales” en marzo de 2013), Harald Beyer. Además, en enero de 2011 el “69% de la población rechaza el manejo del gobierno en el conflicto” (PNUD, 2014:134-136).

En noviembre de 2013, Piñera y su equipo de gobierno solo reciben la aprobación para el manejo de las relaciones internacionales (71%), el empleo (60%) y la economía (52%) y suspenden en cuidado del medio ambiente (37%), transporte público (28%),

¹⁹ CEP, septiembre-octubre 2013. Indicador “Evaluación de aprobación de gobiernos de Patricio Aylwin, Eduardo Frei, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet y Sebastián Piñera (solo sectores urbanos)”.

²⁰ ADIMARK, Evaluación Gestión del gobierno, junio 2007, documento en línea <http://www.emol.com/noticias/documentos/pdfs/EvaluacionGob_jul-07.pdf> y septiembre 2007, documento en línea <http://www.emol.com/noticias/documentos/pdfs/EvaluacionGob-Septiembre07.pdf>>

corrupción de organismos del Estado (28%), la salud (26%), la educación (23%) y la delincuencia (11%) (ADIMARK, noviembre 2013). Pero es que son precisamente la salud (63% respuestas), la delincuencia (48%) y la educación (44%) las cuestiones que reciben mayor consideración a la hora de plantear los tres problemas a los que el Gobierno debería dedicar mayor esfuerzo en solucionar (CEP, septiembre-octubre 2013).

La evidencia empírica también indica que ha habido transformaciones en las actitudes y valores de la sociedad chilena y que existen cuestiones que fueron en la agenda de la Nueva Mayoría con Bachelet al frente que sintonizaban mejor con la sociedad chilena que “...los tradicionales del mundo conservador, precisamente los que la ex-ministra de Trabajo, Evelyn Matthei, defendió en esta elección, al punto de que durante esta campaña llegó a afirmar que, en caso de llegar al gobierno, «no haría nada contrario a la Biblia»” (Martner, 2014: 31). De hecho, según la encuesta del CEP de septiembre-octubre de 2013 los entrevistados manifestaban su acuerdo con las siguientes propuestas: Proteger a los consumidores (86%); reducir las diferencias de ingresos (85%); nacionalizar el cobre (83%); en educación, priorizar educación universitaria gratuita (74%); descentralización del país (73%); hacer una reforma tributaria (67%); despenalización del aborto terapéutico (63%); despenalización del aborto en caso de violación (63%) y, por último, reforma del sistema binominal (51%). Y tan solo quedaban con un acuerdo minoritario la asamblea constituyente (45%), legalizar el consumo de marihuana (40%) y el matrimonio entre parejas del mismo sexo (36%).

Por tanto, la derrota de Piñera en 2013 resultaba probablemente de la falta de sintonía de su gobierno (y de las propuestas que realizó la Alianza con Matthei al frente) con una sociedad en transformación, pero también de la gestión realizada al frente del gobierno. En este último caso, no tanto por la gestión de la “bonanza”, como por la gestión de los conflictos, especialmente por la gestión del conflicto con el movimiento estudiantil. Letelier en 2012 ya decía lo siguiente: “No obstante los logros, el gobierno de Piñera ha mostrado ser deficiente en administrar los conflictos políticos gatillados por la expresión de grupos de interés que operan en la lógica de los ‘indignados’, entre los cuales el movimiento estudiantil se ha constituido en un frente de difícil manejo e impredecibles consecuencias. Una prolongada ola de protestas durante el 2011 dejó un

marcado sabor a descontento social desatendido, y promete convertirse en un nuevo conflicto en el curso de este año” (Letelier, 2012:33). Acertó...

La movilización de los estudiantes se inició en mayo de 2011 y se prolongó durante 2012 y 2013 marcando fuertemente la agenda política e introduciendo nuevos liderazgos en la representación política. Desde 2011 en adelante, entre los jóvenes la educación se percibe como el principal problema que afecta a los chilenos (Encuesta UDP-Feedback). No me detendré aquí en el análisis del conflicto y la movilización estudiantil²¹, pero sí en cómo se constituyó en un ejemplo de las dificultades para la gestión de conflictos del sistema político chileno.

La comparación de Chile con el resto de países de la región sobre la conflictividad social lo clasifica en el grupo de países con niveles relativamente bajos de acción colectiva y protesta social²². Chile junto con Costa Rica aparecen como los países en los que hay pocos conflictos sociales, no tanto por la ausencia de demandas, como por la débil capacidad de movilización de los actores sociales (Calderón, 2012: 27). Lo interesante sobre el caso chileno es que presenta “altos niveles de radicalización [el más alto alcanzado por país en el periodo analizado] frente a una baja cantidad de conflictos y niveles de institucionalidad relativamente buenos” (Calderón, 2012:149). La explicación que aportan los autores al hecho remite a una cultura política de represión todavía presente en las fuerzas de seguridad, pero, desde mi punto de vista, la radicalización en los conflictos en Chile (como en otros lugares de América Latina en otros conflictos), también tiene que ver con una falta de flexibilidad institucional y con una cierta insuficiencia de los canales que integrarían las demandas en la agenda política institucional. De hecho, cuando realizaron un pronóstico de los escenarios para la protesta social a partir de los análisis realizados, estos autores incluyeron a Chile en el escenario caracterizado por “clima social relativamente positivo, pero con baja capacidad de procesamiento de conflictos” (Calderón, 2012:280). De nuevo, acertaron...

²¹ Para este tema, véanse entre otros, PNUD, 2014:120-124 y 134-136 o Garcés, Mario (2012): *el despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. Santiago: LOM Ediciones.

²² Seguimos aquí el análisis realizado por Calderón, 2012. Analizaron los conflictos sociales ocurridos entre octubre 2009 y septiembre de 2010 y procedieron a la comprensión de las tipologías de conflicto, las capacidades de movilización y los niveles de radicalización alcanzados.

5. En conclusión: las razones de una victoria anunciada

En el escenario electoral de 2013 en Chile confluyeron una serie de circunstancias que daban por segura la victoria de Michelle Bachelet, entre ellas, el amplio reconocimiento social a su persona y su liderazgo, el escaso apoyo a la candidata de la coalición de derechas, Evelyn Matthei y la baja aprobación a la gestión de gobierno realizada por Sebastián Piñera. Sobre el primero de los factores, me parece que sería interesante cuestionarse también en qué medida los mandatos de cuatro años sin reelección inmediata no generan una suerte de interrupciones en los gobiernos que “trocean” los procesos. Es ésta una cuestión que afecta a temas de diseño institucional que debería considerarse también entre las propuestas de reforma.

Con estas circunstancias que afectaban a la previsibilidad de la victoria, la valoración de la participación electoral ha de ser muy cauta porque no se sabe si es una participación especialmente baja o si es un volumen de participación que permanecerá estable.

En cualquier caso, retornar al voto obligatorio aumentaría posiblemente las cifras globales de participación electoral, pero no mejoraría en absoluto la desafección política. Eso sería una forma de abordar el problema actuando sobre los síntomas, sin llegar a las causas que producen una cierta crisis de representatividad de instituciones políticas como los partidos o las Cámaras: Las dificultades de incorporación de nuevos liderazgos y representaciones, las dinámicas y las prácticas políticas derivadas de las instituciones existentes generan inflexibilidad del sistema político chileno y obstaculizan la canalización de demandas ciudadanas. Y estas aparecen como las dos causas principales de la radicalización de los conflictos y de la desafección política.

Bibliografía

AVENDAÑO, O. A. (2013): “Las reformas políticas en el gobierno de Sebastián Piñera. Chile, 2010-2013”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Año LVIII, 218, pp.167-191.

CALDERÓN, F. (coord.) (2012): *La protesta social en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, Cuaderno de Prospectiva Política 1.

CONTRERAS, G. y M. MORALES (2013): “Precisiones sobre el sesgo de clase con voto voluntario”, en CIPER, Observatorio Político-Electoral de la UDP, 22/11/2013.

Documento en línea: <http://ciperchile.cl/2013/11/22/precisiones-sobre-el-sesgo-de-clase-con-voto-voluntario>

CONTRERAS-AGUIRRE, G. y M. MORALES-QUIROGA. (2014). “Jóvenes y participación electoral en Chile 1989-2013. Analizando el efecto del voto voluntario”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 12 (2), pp. 597-615.

LETELIER, L. (2012): “Sobre el gobierno de la Alianza por Chile y su probabilidad de ser reelecto el 2013”. *Más poder local*, 13, pp. 32-33.

MARCH, J.G. y OLSEN, J. P. (2005): “Elaborating the ‘New Institutionalism’”, *Working Paper*, 11. ARENA (Centre for European Studies). Documento en línea: http://www.sv.uio.no/arena/english/research/publications/arena-publications/workingpapers/working-papers2005/wp05_11.pdf

MARDONES, R. y S. TORO (2014): “Chile frente al cambio de ciclo. Participación y preferencias electorales en las elecciones chilenas de 2013”, *Nueva Sociedad*, 249, pp. 16-27.

MARTNER, G. (2014): “¿Un giro a la izquierda en Chile?”. *Nueva Sociedad*, 249, pp. 28-33.

MAYORGA, A.J.; C. DEL VALLE y NITRIHUAL, L. (2010): “Concentración de la propiedad de los medios de comunicación en Chile. La compleja relación entre oligopolio y democracia”. *Anagramas*, volumen 9, N° 17, pp. 131-148.

PNUD (2014): *Ciudadanía política. Voz y participación ciudadana en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

REVILLA, M. (1999): “Consenso y política en el Chile actual: tiempo de reformas”. *Zona Abierta*, 88/89, pp. 175-221.

VALENZUELA, S. (2012): “La protesta en la era de Facebook: manifestaciones 20 juveniles y uso de redes sociales en Chile 2009-2011”, en VV.AA.: *Jóvenes, participación y medios 2011*. Universidad Diego Portales/Feedback. Documento en línea <http://www.udp.cl/funciones/descargaArchivos.asp?seccion=documentos&id=135>

Encuestas de opinión pública consultadas

ADIMARK, sitio web: <http://www.adimark.cl/es/estudios/index.asp>

- Diciembre 2009. *Encuesta de Opinión Pública: Evaluación Gestión del Gobierno*.
- Noviembre 2013. *Encuesta de Opinión Pública: Evaluación Gestión del Gobierno*

Centro de Estudios Públicos (CEP), sitio web:

http://www.cepchile.cl/bannerscep/bdatos_encuestas_cep/base_datos.php

- Octubre 2009. *Estudio Nacional de Opinión Pública* n° 61.
- Noviembre-Diciembre, 2011. *Estudio Nacional de Opinión Pública* n° 65.
- Julio-Agosto, 2013. *Estudio Nacional de Opinión Pública* n° 69.
- Septiembre-October 2013. *Estudio Nacional de Opinión Pública* n° 70.
- Noviembre 2014. *Estudio Nacional de Opinión Pública* n° 72.

UDP (Universidad Diego Portales)–Feedback, sitio web:

www.antimedios.cl/entrevistas-2/

- Noviembre 2013: *5ª Encuesta sobre participación de jóvenes.*
- Diciembre 2014: *6ª Encuesta sobre participación de jóvenes 2009-2014.*